

A Maggie Neely la despertaron los chillidos de su madre.

Se había acostado como de costumbre: *Jake*, el gran danés, reposaba pesadamente sobre sus pies y los tres gatos habían competido por ocupar posiciones lo más cerca posible de su cabeza. Su mejilla descansaba sobre el libro abierto de geometría; había hojas con los deberes desperdigadas por entre las mantas, junto con trozos de patatas fritas y una bolsa vacía. Llevaba puestos los vaqueros y la floreada parte superior de un pijama además de los dos únicos calcetines que había conseguido encontrar la noche anterior: uno corto de velvetón rojo y otro largo y holgado de algodón azul.

Aquellos calcetines significarían más tarde la diferencia entre la vida y la muerte para ella, pero en aquel momento Maggie no tenía ni idea de todo ello.

Simplemente estaba sobresaltada y desorientada porque la habían despertado tan de repente. Nunca antes había oído un grito así, y se preguntó cómo podía estar tan segura de que se trataba de su madre.

*Algo... realmente horrible está sucediendo, comprendió lentamente. Lo peor.*

El reloj de la mesilla de noche marcaba las 2.11 de la madrugada.

Y entonces, antes siquiera de que se diese cuenta de ello, estaba ya en movimiento, haciendo eses por el suelo del dormitorio, esquivando montones de ropa sucia y material de deporte con los que estuvo a punto de tropezar. Se golpeó la espinilla contra una papelera situada en mitad de la habitación, pero siguió avanzando laboriosamente sin detenerse. Había poca luz en el pasillo, pero en la sala de estar situada al fondo la luz brillaba con intensidad y era de allí precisamente de donde procedían los gritos.

*Jake* avanzaba a su lado. Cuando llegaron al vestíbulo situado junto a la sala emitió una especie de gruñido a medio camino de un ladrido.

Maggie captó toda la escena de una ojeada. Fue uno de esos momentos en los que todo cambia para siempre.

La puerta de la calle estaba abierta, y por ella entraba el aire frío de una noche de noviembre en el estado de Washington. El padre de Maggie llevaba puesto un albornoz corto y sujetaba a la madre, que daba tirones y le arañaba como si intentara desasirse, chillando sin resuello todo el tiempo. En la entrada había cuatro personas de pie: dos sheriffs, un guarda forestal del parque nacional y Sylvia Weald.

Sylvia. La novia de su hermano Miles.

Y la comprensión la golpeó con la velocidad y la fuerza de un martillazo.

*Mi hermano está muerto*, pensó Maggie.

Junto a ella, *Jake* volvió a gruñir, pero Maggie sólo lo oyó como un rumor lejano. Nadie miró siquiera en dirección a ellos.

*No puedo creer lo bien que me lo estoy tomando esto*, pensó Maggie. *Algo me sucede. No estoy nada histérica.*

La certeza había acudido a su mente con total nitidez, pero su cuerpo no mostraba ninguna reacción, no notaba ninguna pesadumbre horrible en el estómago. Al cabo de un instante, la barrió igual que una avalancha, exactamente lo que había temido. El flujo de adrenalina le provocó un hormigueo doloroso en la piel y una sensación terrible de vértigo en el estómago; el entumecimiento empezó en las mejillas y se extendió a los labios y la mandíbula.

*¡Oh, por favor!*, pensó estúpidamente. *Por favor, no permitas que sea cierto. A lo mejor sólo está herido. Eso estaría bien. Ha tenido un accidente y está herido... pero no muerto.*

Sin embargo, si estuviese herido su madre no seguiría allí de pie llorando a gritos, sino que estaría de camino al hospital y nadie podría detenerla. De modo que aquello no servía, y la mente de Maggie, corriendo de un lado a otro y dando vueltas

a toda velocidad como un animalillo asustado, tuvo que regresar al «Por favor, no permitas que sea cierto».

Extrañamente, en aquel momento pareció como si pudiera existir algún modo de hacer que no fuese cierto. Si daba media vuelta y se escabullía de vuelta al dormitorio antes de que nadie la viese; si se metía en la cama, se cubría la cabeza con las mantas y cerraba los ojos...

Pero no podía dejar a su madre chillando de aquel modo.

Justo entonces los chillidos se apagaron un poco. Su padre hablaba con una voz que no parecía en absoluto su voz sino una especie de susurro ahogado.

—Pero ¿por qué no nos dijisteis que ibais a escalar? Si os marchasteis en Halloween, han transcurrido ya seis días. Y nosotros ni siquiera sabíamos que nuestro hijo había desaparecido...

—Lo siento —Sylvia también susurraba—; no esperábamos estar fuera tanto tiempo. Los compañeros de piso de Miles sabían que íbamos a escalar, pero nadie más. Fue una decisión de último momento, así sin más; no teníamos clases porque era Halloween y el clima era tan bueno... Y entonces Miles dijo: «Oye, vamos a Chimney Rock». Y simplemente fuimos...

*Oye, vamos. Miles acostumbraba a decirme esa clase de cosas, pensó Maggie con una punzada curiosa y aturdida. Pero no desde que conoció a Sylvia.*

El sheriff miraba ahora al padre de Maggie.

—¿No les sorprendió no tener noticia alguna de su hijo desde el pasado viernes?

—No; se ha vuelto tan independiente desde que se marchó para ir a la universidad. Uno de sus compañeros de piso ha telefoneado esta tarde para preguntar si Miles estaba aquí... pero no ha mencionado que Miles llevara casi una semana sin aparecer por allí. Pensé que había faltado a una clase o algo así... —La voz del padre de Maggie se apagó.

El sheriff asintió con la cabeza.

—Al parecer sus compañeros de piso pensaron que se había tomado unas pequeñas vacaciones sin avisarles —dijo—. Se preocuparon lo suficiente como para llamarnos esta noche... pero para entonces un guarda forestal ya había recogido a la chica.

Sylvia lloraba. Era alta pero esbelta, de aspecto frágil, delicado. Tenía unos cabellos brillantes tan pálidos que eran casi plateados y ojos claros del color exacto de la viola sororia. Maggie, que era baja y de rostro redondo y tenía cabellos rojizos como los de un zorro y ojos castaños, siempre la había envidiado.

Pero no entonces. Nadie podía mirar a Sylvia en aquellos momentos sin sentir lástima.

—Sucedió esa primera tarde. Iniciamos el ascenso, pero de pronto el tiempo empezó a empeorar y dimos la vuelta. Nos movíamos muy de prisa. —Sylvia paró y apretó un puño contra la boca.

—Es una época del año un poco arriesgada para el alpinismo —empezó a decir con suavidad la sheriff, pero Sylvia negó con la cabeza.

Y tenía razón, se dijo Maggie. No era tan mala. Era cierto que allí llovía casi todo el otoño, pero a veces se instalaba lo que los meteorólogos llamaban un núcleo de altas presiones y los cielos permanecían azules durante un mes. Todos los excursionistas lo sabían.

Además, a Miles no le asustaba el clima. Sólo tenía dieciocho años, pero había efectuado gran cantidad de ascensiones en las cordilleras Olympic y Cascade del estado de Washington. Miles no dejaba de escalar durante todo el invierno para conseguir experiencia alpina en nieve y durante las tormentas.

Sylvia seguía hablando. Su voz se volvía cada vez más entrecortada y jadeante.

—Miles estaba... había tenido la gripe la semana anterior y aún no estaba totalmente recuperado. Pero parecía estar bien, fuerte. Sucedió cuando descendíamos haciendo rappel. Él reía y bromeaba y todo eso... Jamás pensé que podría estar tan cansado como para cometer un error... —Su voz tembló y se convirtió en un sollozo discordante. El guarda forestal la rodeó con el brazo.

Algo dentro de Maggie se quedó helado. ¿Un error? ¿Miles?

Estaba preparada para oír hablar de un alud repentino o del fallo de una pieza del equipo. Incluso que Sylvia hubiese caído y hubiese desestabilizado a Miles al caer. Pero ¿que Miles hubiese cometido un error?

Clavó la mirada en Sylvia, y de repente algo en aquella lastimosa figura la molestó.

Había algo raro en aquel rostro delicadamente sonrojado y en aquellos ojos violeta anegados de lágrimas; era todo demasiado perfecto, demasiado trágico, como si Sylvia fuese una actriz oscarizada interpretando una escena famosa... y disfrutase con ello.

—No sé cómo pudo suceder —musitaba Sylvia—. El anclaje estaba bien. Deberíamos haber llevado con nosotros un anclaje de refuerzo, pero teníamos prisa. Y él debía de haber... ¡oh, Dios, algo debió de haberle pasado a su arnés! A lo mejor la hebilla no estaba bien abrochada, o tal vez los mosquetones estaban al revés...

*No.*

De improviso, los sentimientos de Maggie cristalizaron y fue como si de golpe lo viese todo claro.

*Eso es imposible. Eso está mal.*

Miles era demasiado bueno. Listo, fuerte y un escalador asombrosamente técnico. Seguro de sí mismo pero cuidadoso. Maggie sólo esperaba poder ser así de buena algún día.

Era totalmente imposible que se hubiese abrochado mal el

arnés o que se hubiese sujetado los mosquetones al revés. Por muy enfermo que estuviese. De hecho, ni por asomo se hubiese movido sin un anclaje de refuerzo. *Yo soy la que intenta hacer ese tipo de cosas, y entonces él me chilla que si no tengo cuidado me sucederá algo.*

*Miles no lo hace.*

Y eso significaba que Sylvia mentía.

La idea golpeó a Maggie como una pequeña onda de choque que la hizo tambalearse como si de improviso estuviera yendo hacia atrás a toda velocidad, o como si la habitación retrocediera ante ella muy de prisa.

Pero ¿por qué? ¿Por qué tendría Sylvia que inventar una historia tan terrible? No tenía sentido.

Sylvia se cubría a medias los ojos con una mano.

—Lo busqué, pero... había bloques de hielo... una grieta...

*No hay cuerpo. Está diciendo que no hay cuerpo.*

Con aquello, una nueva oleada de calor recorrió a Maggie. Y, curiosamente, lo que la hizo estar segura de ello fueron los ojos de Sylvia.

Aquellos ojos violeta habían estado mirando el suelo la mayor parte del tiempo que Sylvia había estado hablando, clavados en las baldosas de mosaico del vestíbulo. Pero ahora, mientras Sylvia llegaba a la revelación final, se habían trasladado hacia Maggie. A los pies de Maggie. Se clavaron allí, se apartaron, y luego regresaron y se quedaron.

Aquello hizo que Maggie echara una ojeada a sus propios pies.

*Mis calcetines. Tiene la vista fija en mis calcetines.*

*Uno rojo y el otro azul... y está advirtiéndolo eso. Como una actriz que ha pronunciado las mismas frases tan a menudo que ya ni siquiera necesita prestarles atención.*

De golpe, una cólera hirviente empezó a abrirse hueco a través de la conmoción de Maggie, embargándola hasta el pun-

to de que no había lugar para nada más. Miró con dureza a Sylvia, que parecía estar muy lejos pero muy despierta. Y en aquel mismo instante lo supo con certeza.

*Esta chica miente.*

*Debe de haber hecho algo... algo terrible. Y no puede mostrarnos el cadáver de Miles... o a lo mejor no hay ningún cadáver porque todavía sigue vivo.*

¡Sí! Maggie se sintió repentinamente animada por la esperanza. *Es todo una equivocación. No hay motivo para que Miles esté muerto. Todo lo que tenemos que hacer es obligar a Sylvia a contar la verdad.*

Pero nadie más en la habitación lo sabía, y todos escuchaban mientras Sylvia seguía con su relato. Todos la creían.

—No salí hasta que el clima cambió... Tuve que permanecer en la tienda durante tres días. Cuando salí estaba muy débil, pero aun así conseguí hacerles señas a unos escaladores. Ellos me salvaron y cuidaron de mí... Para entonces era demasiado tarde para buscarlo. Sabía que no existía ninguna posibilidad de que hubiese podido sobrevivir a aquella tormenta...

Se derrumbó por completo.

El guarda forestal empezó a hablar sobre el estado del tiempo y las tentativas de rescate, y de improviso la madre de Maggie empezó a dar boqueadas y a desplomarse en dirección al suelo.

—¡Mamá!

Asustada, Maggie empezó a ir hacia su madre. Su padre alzó los ojos y pareció advertir por primera vez que ella estaba allí.

—¡Oh, Maggie! Hemos recibido malas noticias.

*Intenta ocuparse de mí. Pero no se da cuenta... tengo que decirle...*

—Papá —dijo con urgencia—. Escucha. Hay algo...

—Maggie —interrumpió su madre, alargando una mano;

sonaba racional, pero había algo frenético en sus ojos—. Lo siento, pequeña. Ha sucedido algo horrible...

Y entonces se desmayó. Y de pronto el padre de Maggie empezó a tambalearse como un peso muerto. Y a continuación el guarda forestal y uno de los agentes pasaban ya por delante de Maggie y sostuvieron a su madre, cuya cabeza se balanceaba de un lado a otro en un cuello sin fuerza; la boca y los ojos de su madre permanecieron entreabiertos. Una nueva clase de sensación horrible embargó a la muchacha, haciéndola sentir débil y mareada hasta el punto de temer desmayarse también ella.

—¿Dónde podemos...? —empezó a decir el agente de policía.

—Ahí está el sofá —se adelantó el padre de Maggie con voz quebrada.

No había sitio suficiente para Maggie, que tuvo que limitarse a permanecer a un lado y contemplar aturdida cómo transportaban a su madre.

Mientras lo hacían, Sylvia empezó a murmurar. Maggie tardó un instante en concentrarse en las palabras.

—Lo siento tanto. Lo siento tanto. Ojalá hubiese algo... Debería ir a casa en seguida.

—Tú te quedas aquí —dijo la mujer policía, mirando en dirección a la madre de Maggie—. No estás en condiciones de ir andando a ninguna parte. Estarías en el hospital ahora mismo si no hubieses insistido en venir aquí primero.

—No necesito un hospital. Es sólo que estoy tan cansada...

La agente de policía volvió la cabeza.

—¿Por qué no vas a sentarte al coche? —indicó con delicadeza.

Sylvia asintió. Parecía frágil y apenada mientras descendía por el sendero en dirección al coche patrulla. Era un mutis hermoso, pensó Maggie. Prácticamente podía oírse el tema musical intensificándose.

Pero Maggie era la única que podía apreciarlo. Era la única persona que observaba mientras Sylvia llegaba junto al coche... y se detenía.

Y luego se alejaba de él y seguía andando calle arriba.

*Y ahora aparecen los títulos de crédito del final*, pensó Maggie.

Lo tuvo claro: *Va a su apartamento*.

La muchacha permaneció petrificada, sintiendo que tiraban de ella en dos direcciones.

Quería quedarse y ayudar a su madre. Pero algo en su interior estaba absolutamente furioso y concentrado y le chillaba que siguiera a Sylvia.

El instinto siempre había sido el punto fuerte de Maggie.

Permaneció allí parada durante un momento; su corazón martilleaba con tal fuerza que parecía que fuera a salirle por la boca. Entonces agachó la cabeza y apretó los puños.

Era un gesto que las chicas de su equipo de fútbol habrían reconocido. Significaba que Neely *la Dura* había tomado una decisión e iba a irrumpir allí donde otros más listos temían pisar. Cuidado, mundo; ha llegado la hora de pisar fuerte.

Maggie giró en redondo y salió disparada por el pasillo de vuelta a su dormitorio.

Encendió la luz dando un manotazo al interruptor y miró a su alrededor como si nunca antes hubiese visto aquel lugar. Lo que necesitaba... ¿Por qué lo tenía todo siempre tan revuelto? ¿Cómo podía encontrar las cosas?

Pateó y tiró de un montón de toallas de baño hasta que aparecieron un par de zapatillas de tenis de caña alta, y a continuación introdujo los pies en ellas. No había tiempo para cambiar la parte superior del pijama por otra cosa, así que agarró una chaqueta azul oscuro del suelo y se encontró, durante un instante, nariz con nariz con una fotografía sujeta al marco del espejo.

Una fotografía de Miles en la cima del monte Rainier. Son-

reía ampliamente y saludaba con los pulgares en alto; no llevaba sombrero y sus cabellos castaño rojizos brillaban al sol igual que oro rojo. Tenía un aspecto apuesto y un poco pícaro.

Garabateado en rotulador negro sobre la nieve blanca aparecía escrito: «Para la más mandona, ruidosa, tozuda y MEJOR hermanita del mundo. Con amor. Miles».

Sin tener ni idea de por qué lo hacía, Maggie sacó la fotografía del espejo, la introdujo en el bolsillo de la chaqueta y volvió a recorrer el pasillo a la carrera.

Todo el mundo estaba congregado alrededor del sofá en aquellos momentos. Incluso *Jake* se abría paso con el hocico. Maggie no pudo ver a su madre, pero la falta de actividad frenética le indicó que no existía ninguna crisis. Todo el mundo parecía tranquilo y comedido.

*Sólo serán unos pocos minutos. Es mejor que no les diga nada hasta que esté segura. Probablemente estaré de vuelta antes de que se den cuenta siquiera de que no estoy.*

Con aquel revoltijo de excusas en la cabeza, se escabulló por la puerta principal para seguir a Sylvia.